

Écos detrás

En un rincón olvidado de la ciudad, donde las sombras de los altos muros se entrelazaban con las esperanzas derrumbadas, se encontraba el Centro de Reinserción Social “Esperanza”. Allí, el claustro de un aula vibraba con la energía de un grupo peculiar: un aula llena de hombres privados de libertad. Contrario a la noción generalizada que los reclamaba por su falta de oportunidades, ellos eran el ejemplo vivo de compromiso. Cada día, a la 1:00 en punto, estaban dispuestos y atentos, listos para recibir su lección.

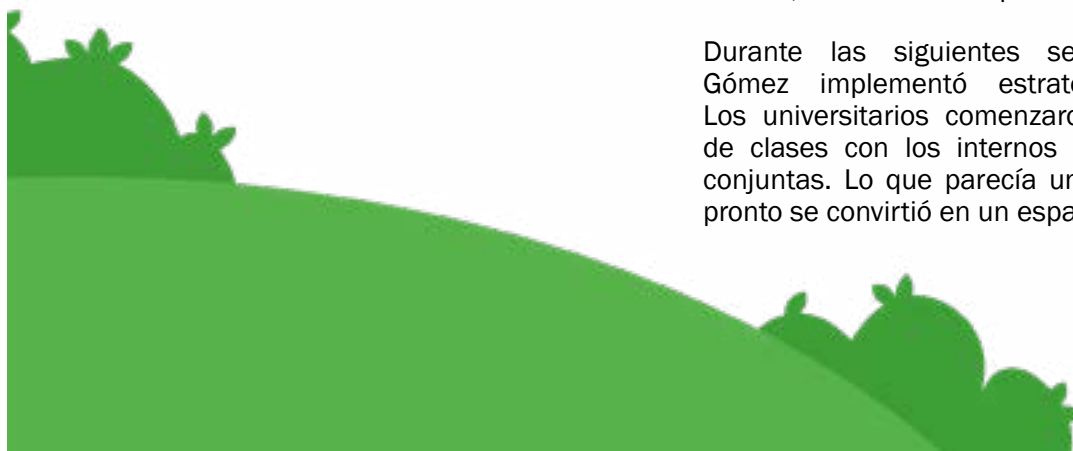
Por otro lado, en el campus de la universidad contigua, estudiantes de todos los estratos sociales se preparaban diariamente para su futuro. Sin embargo, la realidad en esas aulas era un tanto distinta. Los murmullos de impuntualidad y desmotivación resonaban por los pasillos. Algunos llegaban tarde, muchos ignoraban las teorías en clase, y otros, a pesar de contar con libertad, dejaban trabajos sin presentar o los entregaban con retraso. La presión de un mundo que les prometía el éxito parecía estar relegada a un segundo plano.

Durante el primer mes del curso, un nuevo profesor, el licenciado Gómez, decidió enfocarse en estas dos realidades. Intrigado por la diferencia palpable entre sus dos grupos de estudiantes, organizó un experimento. En la primera clase, se dispuso a hablar sobre la teoría de la motivación, una de las piedras angulares en el estudio de la psicología. Separó a sus alumnos en dos grupos: los universitarios y los privados de libertad.

Mientras los universitarios pusieron cara de desinterés, los internos escucharon con avidez. Para aquel que había sido condenado por un error que casi le cuesta la vida, levantó la mano y habló sobre su deseo de salir y comenzar de nuevo. Sus ojos emanaban determinación. “No solo estoy aquí para aprender, sino para cambiar y ser un hombre de bien y servir a la sociedad”, dijo, mientras los otros asintieron con fervor. La sala se llenó de conversaciones sobre segundas oportunidades y aspiraciones futuras que trascendían los muros que los cercaban.

Al terminar la clase, el licenciado Gómez se sintió desbordado. Decidió envolver a los universitarios con las mismas dinámicas motivacionales que los privados de libertad habían abrazado con tanto fervor. Pero la resistencia fue evidente. “¿Por qué deberíamos esforzarnos por algo que no nos motiva?”, fue la queja recurrente. Un estudiante, que había llegado tarde nuevamente, se encogió de hombros e inclinó la cabeza, mostrando su apatía.

Durante las siguientes semanas, el licenciado Gómez implementó estrategias de motivación. Los universitarios comenzaron a compartir la sala de clases con los internos en sesiones de clases conjuntas. Lo que parecía una locura para algunos, pronto se convirtió en un espacio de reflexión.



de las rejas

El aula se transformó en un laboratorio de experiencias. A través de las historias de vida de cada interno, los universitarios comenzaron a comprender la esencia de la responsabilidad y la conciencia de las oportunidades.

La dinámica no se limitó a un simple intercambio de ideas. Los internos comenzaron a hablar sobre sus sueños: Estar con la familia, emprender un negocio, ser líderes espirituales y que la sociedad los acepte. La educación les ofrecía una línea de escape hacia un futuro prometedor. Sus palabras resonaban con una sinceridad que impactaba a los universitarios, quienes, poco a poco, se fueron desgastando sus prejuicios.

Al final del semestre, el aula de los universitarios comenzó a parecerse a la del penal: un lugar donde la puntualidad era la norma y la entrega de trabajos era un compromiso, no una obligación. Se dieron cuenta de que, a pesar de atravesar diferentes realidades, la motivación y la responsabilidad eran un puente al éxito que unía a ambas partes.

El licenciado Gómez observó cómo, aunque habían comenzado como grupos opuestos, cada uno había ganado un poco de lo que el otro tenía. Los universitarios aprendieron que, a veces, la libertad se traduce en compromiso y que la verdadera enseñanza también ocurre cuando uno se abre a escuchar de experiencias ajenas.

Esta historia se convirtió en un eco en su mente, un recordatorio constante de que las oportunidades no solo deben ser tomadas, sino también apreciadas, sin importar las condiciones y el contexto en que los rodean a cada uno.

Así, en el aula del penal y en la universidad, un mismo mensaje emergía: el cambio comienza desde adentro, en la voluntad de cada individuo de valorar su libertad y el aprendizaje que la acompaña.

Ericka María Úbeda Blanco

